

A fe que tenía razón. Los invisibles duendes de los cuales habló en són profético el padre Fuentelapeña, nos preocupan en razón directa de su misma invisibilidad y pequeñez misteriosa. ¿Dónde están? ¿Por qué puerta del organismo van á abrirse brecha para desmoronarnos? ¿Los tragamos con el alimento? ¿Los bebemos con el agua? ¿Los respiramos con el aire? Todo esto y mucho más sucede. Entran hasta por los poros, y se cuecen á la sangre como traidoras sierpes que aprovechan las hendeduras de un edificio para deslizarse dentro de él y construir su nido repugnante.

Algunos de estos bicharracos han sido desenmascarados ya; otros guardan todavía el riguroso incógnito. Conocemos el bacilo de la tuberculosis; conocemos el de la fiebre tifoidea; conocemos el del cólera... Es decir, es un modo de hablar; la verdad es que no nos han sido presentados; nuestros ojos no han llegado á verlos. Nos dicen que son de este modo, del otro, y que se les combate así y así, con ciertos sueros y ciertas inyecciones. ¿Eficaces? No; esta es la verdad amarga. De los famosos sueros, el único que va haciéndose respetar un poco es el de la difteria. El *croup*, verdugo de los niños, á quien un ilustre novelista llamó *el mayor monstruo*, parece derrotado. Las demás enfermedades infecciosas continúan triunfantes, y su microbio se ríe de la ciencia. Y en todas partes, en medio de las alegrías, surge el microbio amenazador, terrible, blandiendo su alfilerito de *monja*, chiquitín como la daga del rey de los enanos, —seguro y certero, inevitable.—¿Como prevenirse con tra el microbio? Mucha higiene, mucho cuidado. La esclavitud de ese cuidado y de esa higiene es la más cruel de las tiranías á que el microbio nos sujeta.

\* \*

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—Dos cosas hay que nos han amargado la vida, me dijo un señor formal, de unos cincuenta y pico de años. Dos cosas que no se conocían en mi tiempo, ó si se conocían tal vez en los gabinetes de los sabios, no habían llegado á noticia de los miseros mortales, y por consiguiente no les preocupaban, ni les quitaban el sueño, ni influían en su existir. Estas dos cosas..., ¿no lo adivina usted?, son... los microbios y el termómetro.

—¿El termómetro?, repetí sin darme cuenta del sentido de la frase.

—El termómetro, sí; el termómetro clínico. Antaño se enfermaba uno y se moría uno en paz, con cierta sana y ventajosa ignorancia de los síntomas alarmantes. Yo creo, Dios me perdone, que de esta ignorancia participaban los médicos. Por algo se inventó el famoso chascarrillo del doctor diciendo al enfermo: «Si tiene usted calentura, no me lo niegue...» Hoy, la incertidumbre no es posible ni para el médico ni para el paciente. La calentura se delata á sí misma, en la columna capiliforme que encierra el tubito de vidrio: allí da voces, y todos saben el límite fatal de su elevación, las altas temperaturas que abrasan y disuelven la sangre y calcinan el organismo. Y claro es que, si el médico estima preciosa la indicación del termómetro, el enfermo se desasosiega con ella, al comprobar que su calentura sube...

\* \*

—No es todavía lo peor el caso de enfermedad, respondí; doblemente grave me parece el caso de aprensión... Los enfermos imaginarios, ó que sin serlo aumentan con su imaginación su mal, abundan más de lo que se cree. Yo conozco personas que padecen todo aquello de que oyen hablar, sea aneurisma ó dolor de ijada, sea cáncer ó escarlatina. Notan los síntomas, estudian el desarrollo, se miran la lengua al espejo, se tientan las sienes á ver si dan latidos, se estudian los ojos, la respiración, el andar y hasta funciones mucho más viles... Despiértanse azoradas y llenas de terror porque han creído percibir una inquietud sospechosa, y ya les tenéis termómetro en axila, sacándolo al cabo de algunos minutos para ver si pasan varias décimas de la normal... Vivir así no es vivir; vivir así me parece hasta despreciable.

—¿Quién lo duda?, exclamó mi interlocutor. La vida, para poder ser soportable, exige una gran dosis de inconsciencia. Sentir demasiado el chirrido de sus ruedas y secretos resortes, es peor mil veces que la muerte, porque al cabo la muerte es una inconsciencia mayor que todas, y en eso está su ventaja. Pero—volviendo al termómetro—el termómetro, por lo menos, no nos acosa sino en algunos días malos y penosos; cuando la enfermedad nos clava sus garras y nos postra en el lecho. Los microbios, en cambio, son como los «nuestros enemigos» de que habla la cartilla. En todas partes nos combaten y persiguen.

El microbio me ha hecho estos días una de las suyas. Me ha torcido un viaje con el cual soñaba. Lo realizaré, claro es, al fin y al cabo, con permiso del microbio; pero ¿quién sabe si al realizarlo estará mi espíritu en la misma disposición que ahora? Empapada de lecturas que todas se relacionan con el viaje; con la fantasía impregnada de imágenes bellas y brillantes que revestirían de esplendor el árido camino..., ahora, en esta primavera tardía y amortiguada, era justamente cuando yo había proyectado mi excursión por la Extremadura española.

Dicen los que están familiarizados con esa tierra y aun los que sólo de paso la han recorrido, que es de lo más despoblado y yermo de España. Los cronistas, y hasta escritores extremeños tan enamorados de su país como D. Vicente Barrantes, reconocen este despoblamiento y aridez, que no es debido únicamente á condiciones del suelo, sino principalmente á circunstancias históricas. Cantera y vivero fecundo de una raza de héroes, Extremadura vió abandonados sus campos porque todos los hombres partían á la conquista. Mérida, que tenía ochenta mil habitantes, se ve reducida en 1530 á mil doscientos vecinos. Badajoz, de sus quince ó veinte arrabales populosos, sólo uno conserva. Llega un momento—nos lo dice la historia—en que los silos no encierran grano, los hornos no cuecen pan, en los hogares no se enciende lumbre, y el lecho de las esposas está frío y desierto. De la tremenda sangría de las conquistas y las guerras, Extremadura no se ha repuesto aún, á la vuelta de siglos.

En esa noble decadencia, que simboliza cumplidamente la de España, encuentro yo un encanto, un atractivo especial. Misterioso respeto y honda simpatía embargan mi ánimo, al pensar en la soledad de las comarcas de donde procedieron los titanes. Díjese que la tierra, después de producir tales hijos, no puede ya engendrar cosa alguna; ni árboles, ni plantas, ni flores. Majestad y dignidad infinita hay á veces en las regiones desprovistas del encanto de la vegetación lozana y fresca que viste á Galicia y á Asturias. La misma aridez característica del solar extremeño—cortada por oasis encantadores como la célebre Vera de Plasencia—me halagaba, halagaba á mi pensamiento lleno de recuerdos, lleno de paisajes deslumbradores del pasado.

\* \*

¿No contaba con el microbio!.. Cuando ya casi tenía preparada la maleta, al informarme un poco del aspecto práctico del viaje, me he encontrado rodeada de personas que conocen bien á Extremadura, que poseen en ella dehesas, castillos y palacios, y que me dicen con gesto de alarma:

—Muy atractivo es el viaje para usted, con la preparación de tanta lectura y tanto interés como se toma... Pero no lo haga usted ahora, de ningún modo: se expone usted á coger la infección palúdica.

—¿Tanta hay?

—Mucha. Falta agua en el país; existen charcas cubiertas de ese verdor que caracteriza las *maremas* romanas..., y la calentura se desarrolla con rapidez. Ve usted caras de labradores consumidas por la perpetua *malaria*. Hay sitios en que las brigadas de trabajadores, en obras públicas, se remudan cada ocho días, por precaución contra el aire viciado. No estando aclimatado, como usted no lo está, el peligro es mayor. Hasta mediados de abril se puede ir sin riesgo. El caso es cuando empieza el calor á dejarse sentir. ¡No; ya no es estación propicia para visitar Extremadura!

\* \*

Y se me caen los palos del sombrero. Me veo en poder del microbio, con los escalofríos de la fiebre, en cualquier posada de uno de esos adorables poblachones que encierran á veces mayor cantidad de historia y de poesía que las grandes capitales, pero que carecen, ¡ay!, de lo más elemental para el cuidado de la salud... Y cuenta que no soy de las personas más aprensivas... Si yo me retraigo, ¿qué harán otros, qué harán los que no sienten el aguijón de esta apasionada curiosidad que me tienta cuando pienso en la España de ayer, la que todavía subsiste, á pesar de azares, vicisitudes y catástrofes?

Adiós, quién sabe hasta cuándo, Mérida, Badajoz, Cáceres, Yuste, Trujillo, Medellín, lugares sagrados, donde palpité eso que no se ha elogiado tanto como la reconquista y que fué doblemente heroico que la reconquista y la lucha por la independencia: *la conquista*... Sitios cuyo nombre escribo con veneración y cuya tierra seca me parece amasada de oro y luz... ¡Adiós, quién sabe hasta cuándo! Un microbio me encadena, más seguramente que cien grillos de hierro. Un microbio es vuestro enemigo. ¿Por qué no combatirlo?

\* \*

Si yo pudiese disponer de fuerza como la que poseen los que gobiernan á una nación, y que tanto bien les permitiría realizar á poco que se lo propusiesen, haría en Extremadura inmensas plantaciones de eucaliptos, y canalizaría las aguas, no sé cómo, pero de suerte que no existiesen *maremmas*. Roma, según parece, se está saneando con sólo el eucalipto, que los frailes propagan celosamente. El lugar donde se alza el templo de las *Tre fontane* era nido de fiebres: ya es tan saludable como el que más, merced al balsámico árbol, tan feo y desgarrado como útil.

¿Y no es para afligir el ánimo eso de que una región española, la más gloriosa quizás, una región que los romanos y los árabes vieron floreciente, sufra un azote triste, pero remediable y combatible, como el paludismo? ¿Les es acaso indiferente á sus hijos que la región se ponga en condiciones de salubridad? ¿No era salubre cuando Carlos V buscó en ella el remedio á sus achaques, una naturaleza rica, un aire puro?

Todo esto me confunde y da en qué pensar. Una contrariedad, un mal humor invencible se apoderan de mí al renunciar, mejor dicho, al aplazar la realización de mi sueño épico, el viaje á la tierra de los conquistadores, á la vez que á otra tierra neta y castiza y llena de leyendas: la Mancha de Cervantes; aquella región donde la desconsolada Ruidera ha hecho lagunas con su llanto, y la cueva de Montesinos esconde su misterio caballeresco y romanesco, y los dolores del muerto y vivo corazón de Durandarte...

\* \*

Aplacemos. ¡Quizás, después de todo, las fiebres de Extremadura no sean tan temibles como se cuenta! En España, antes de comenzar un viaje, os salen al paso todo género de sustos. Antaño serían los bandidos, las partidas, los franceses; ahora son los microbios... Y he aquí que, para viajar, se requiere también cierta suma de valentía, amén de una sobriedad espartana.

EMILIA PARDO BAZÁN.